

**Buren, Daniel, “Is Teaching Art Necessary?” (“¿Es necesario enseñar arte?”), *Galerie des Arts*, septiembre de 1968.  
Una parte del texto dice lo siguiente:**

La oposición a la tradición, etc. tiene ya sus raíces en el siglo XIX (por no remontarnos muy atrás en el tiempo). Desde entonces, no obstante, ¿se han creado y sucedido tantas tradiciones, tantos academicismos, tantos nuevos tabúes y nuevas escuelas...!

¿Por qué? Porque todos estos fenómenos contra los que lucha el artista son sólo epifenómenos o, más exactamente, no son sino superestructuras en comparación con la base que condiciona el arte y constituye el arte. Y el arte ha cambiado 100 veces, si no más, de tradición, de academicismo, de tabú, de / escuela, etc., porque todo lo que está en la superficie tiene la vocación de ser cambiado sin cesar, y, si no se toca el fondo, nada cambia, obviamente, de manera fundamental.

Es así como evoluciona el arte y es así como existe una historia del arte. El artista se opone al caballete pintando una superficie muy grande haciendo una tela más un objeto, luego un objeto, luego el objeto por hacer se dirige al objeto hecho, luego a un objeto móvil o intransportable, etc. Esto es sólo un ejemplo, pero quiere demostrar que, si es posible una oposición, ésta no puede ser formal, no puede más que ser fundamental, al nivel del arte y no de la forma que se dará al arte.

El artista, en relación al arte, quiere que evolucione. *En lo relativo al arte, el artista es reformista, no revolucionario.*

La diferencia entre el arte y el mundo, entre el arte y el ser, es que el mundo y el ser se perciben en los hechos (físicos, emocionales, intelectuales) reales y el arte visualiza la realidad.

El artista lleva a cabo entonces su tarea dictatorial. Impone, pura y simplemente, al consumidor su visión del mundo (que es, en el producto del consumidor, la ilusión del mundo y del ser). Y, como se encuentra que es el único que sabe expresarla, se le toma como guía: es como cada uno elige a su maestro. Es más, admitiendo que el arte fuera ilustrado –como se dice de un déspota- ¿qué tipo de diálogo podría entablarse si la base del discurso es falsa? Es un diálogo de ilusionistas. Por tanto ¿qué realidad se podría descubrir a través del arte si el arte es falso y desde el principio encamina el pensamiento del espectador en una dirección falsa que es la de la aprehensión del mundo por el arte? Siempre será igual mientras el arte sólo se acerque a lo real en lugar de ser realidad en sí.

En concreto, tal como están las cosas hoy en día, el papel del artista no es de mucha trascendencia. Produce para una minoría burguesa con formación cultural. Concientemente o no, juega el papel de la burguesía, que es su público, y la burguesía, en reciprocidad, acepta de entrada el producto propuesto por su artista-productor. Incluso le gusta especialmente el llamado arte subversivo (mental y políticamente), no sólo para tener la conciencia tranquila,

sino por que saborea la “revolución” cuando cuelga “alineada” en las galerías o bien dispuesta en sus apartamentos.

Tomemos pues, como hipótesis de trabajo, que es necesario cambiar radicalmente el circuito “impuesto” hasta ahora al producto artístico, con objeto de / encontrar un nuevo público, otros consumidores, aquellos incluso que no tienen derecho a la “cultura”. Esto querría decir, por ejemplo, hacer exposiciones de arte en las fábricas.

Es llegado a este punto cuando se revelará de forma aguda el verdadero papel nefasto del artista. Al sistema no le da miedo ver el arte en las fábricas. Al contrario. La empresa de la alienación quedará acabada cuando “cualquiera” pueda participar de la cultura. Porque la cultura, y el arte, tal como se conciben en la actualidad, son, desde luego, el elemento más alienante. Porque aquí encontramos la virtud política e, incluso, intelectual del arte: *la distracción*. El arte que es sólo ilusión, ilusión de lo real, es necesariamente distracción de lo real, falso mundo, falsa apariencia de sí mismo. “El arte es la venda que se coloca sobre los ojos del espectador y no le permite volverse sobre la realidad, la suya o la del mundo” (Michael Claura).

En estas condiciones, el arte en la fábrica tendrá como resultado positivo hacer el entorno de trabajo más agradable, ni más ni menos. Llevado al extremo, esto creará batallas estéticas donde, de lo contrario, podrían surgir voluntades revolucionarias.

El arte es la válvula de seguridad de nuestros sistemas represivos. Mientras exista y, más aún, cuanto más prevalezca, el arte se convertirá en la máscara de distracción del sistema. Y un sistema no tiene nada que temer mientras su realidad esté enmascarada o mientras sus contradicciones permanezcan ocultas. El arte es inevitablemente un aliado del poder. Esto todavía no se sabía a principios de siglo, cuando se cerraban las exposiciones de los impresionistas y los fauves. Pero hoy es tan obvio que se envían 5.000 policías para defender una bienal de arte de vanguardia.

El artista, si quiere trabajar para la construcción de una nueva sociedad, debe comenzar por enfrentarse a los fundamentos del arte y asumir su total ruptura con el mismo. Si no, será la próxima revolución la que se encargue en su lugar.

El arte es el más bello ornamento de la sociedad tal como es hoy y no el signo premonitorio de una sociedad tal como debería ser, eso nunca.

¿Cómo puede un artista enfrentarse a la sociedad cuando su arte, todo su arte, “pertenece” objetivamente a esa sociedad?

Él cree, ¡ay!, en el mito del arte revolucionario.

Pero el arte es objetivamente reaccionario.